

La calle
Diario de un espectador
Al maestro en su día
miguel ángel granados chapa

para el martes 15 de mayo de 2007

El quince de mayo es buena ocasión para recordar a las y los maestros que la vida nos deparó. Tenemos presente en primerísimo lugar a quien nos enseñó los rudimentos de la lectura y la escritura que, al mismo tiempo, era nuestra madre. En segundo lugar la memoria trae a Carmen Alvarado, que estuvo dos años seguidos al frente de nuestro grupo, en tercero y cuarto de primaria, los más venturosos de nuestra infancia. El suyo fue el primer aroma de mujer que disfrutamos y su cercanía física al abrazarnos la primera emoción que un cuerpo femenino nos provocó, no obstante que apenas andábamos concluyendo la primera década de nuestra vida. Muy de otra manera recordamos a las profesoras María García, encargada del sexto año, y Gudelia Bautista, directora del plantel, que con severidad cariñosa y rigor atenuado por la amabilidad formaban a los muchachos de barriada que estaban a su cargo.

Esa condición de muchachos de barriada nos provocó el primer susto escolar de nuestra vida, tan afortunada que se define más bien por lo contrario. Cursábamos la secundaria en una escuela prevocacional (que por esa razón considerábamos adscrita a la enseñanza técnica y más directamente al Ipn, aunque formalmente no fuera así). Adolescentes maleducados, dimos en apresurarnos a salir del salón de clases para estar antes que el resto en la planta alta, desde donde se observaba el comienzo de la escalera. No sólo se observaba sino que ponía las cabezas de nuestros compañeros a modo de ser alcanzadas por salivazos lanzados desde lo alto. A nuestros compañeros....y a uno que otro maestro, como don Luis Craules, que nos enseñaba matemáticas en el primer año, rudimentos de álgebra indispensables para quienes, como lo fue la mayoría, serían ingenieros en el Poli.

Lanzamos un salivazo destinado a humedecer la testa de algún compañero, y quiso la mala suerte que se le anticipara el profesor Craules, cuya tonsura quedó ensuciada por nuestra grosera excrecencia. Corrimos velozmente apenas advertimos el grave error, y no faltó quien se lanzara en persecución nuestra para que recibiéramos el adecuado castigo. Pudimos desasirnos del oficioso captor y temblando nos fuimos a vivir el más largo y fatigoso fin de semana de nuestra pubertad. Era jueves y tendríamos la siguiente clase el lunes. Solíamos esperar al profesor Craules sentados en la escalinata de acceso a la escuela. Aquel día en que terminaba la espera y se avecinaba la sentencia, sin que nos percatáramos de su llegada, el maestro de matemáticas, y de bondad, se acercó a nosotros, nos alborotó el cabello con

una caricia y con “!muchacho travieso!” dio por zanjada la cuestión, sin siquiera demandar la promesa de que no volveríamos a hacerlo.

Otro profesor de la secundaria, que también lo sería en el bachillerato, nos dio una lección de otro modo, que entonces nos pareció una trastada. Era el doctor Andrés Márquez, un médico eminente con quien los ricos de Pachuca se topaban en Rochester cuando viajaban allá a ser atendidos por el cirujano más experto, que resultaba ser el doctor a quien no se dignaban consultar en la capital de Hidalgo. Creyente en nuestras calidades académicas, nos pidió preparar el cuestionario para el examen final de biología, labor que realizamos a su satisfacción. Y la de nuestros amigos cercanos a quienes, en infidencia que sólo ahora confesamos, dimos a conocer la prueba. Nos fuimos al cine, sin tener que estudiar porque el asunto estaba saldado. Lo estuvo para nuestros amigos, pues a nosotros el doctor Márquez nos hizo resolver un cuestionario diferente. Cuado años después se repitió la operación, esta vez en la materia de lógica, no fuimos al cine, por estudiar. Y entonces nos permitió resolver el interrogatorio que habíamos preparado.